

Eso que llaman

REFLEXIONES DE UN

Las paredes de la ciudad amanecen plagadas de letreros mal escritos con el anuncio de un llamado "poder joven", que escoge los más soeces términos del vocabulario castellano para insultar a los adultos, mofarse de las instituciones y pregonar la droga y el sexo. Paralelamente, no pasa un día sin que leamos en algún periódico la noticia de que en el barrio "A" cuatro muchachos de buena familia violaron a una humilde trabajadora de pueblo; de que en la discoteca "B" sorprendieron a varias parejas fumando pitillos de marihuana; de que en la cafetería "C" decomisaron centenares de dosis de LSD a un estudiante universitario. Algo está pasando con nuestros jóvenes, sin lugar a dudas. Algo verdaderamente grave, que se extiende a escala mundial, con la significativa circunstancia de que no parece obedecer a una consigna o decisión preestablecida, sino más bien a una coincidente simultaneidad de condiciones favorables para el fenómeno.

Distanciamiento generacional

Los que hace entre cinco y diez años fundamos una familia, los que hoy nos enorgullecemos de un hijito pequeñín que comienza a reconocer las vocales y ya sabe contar hasta diez, o de una chiquita cariñosa que se nos cuelga del cuello cuando llegamos de la oficina con un "qué me trajiste" en los labios, sentimos escalofríos de horror cuando vemos el mundo que se está formando para acogerlos. Quizás sintieron lo mismo nuestros padres allá por los años cuarenta, cuando la guerra desolaba a Europa. Pero, en el fondo, seguro que también sentían el consuelo —infantil y necio, ciertamente, pero consuelo al fin— de pensar que aquella era "la última guerra". Nosotros no podemos consolarnos. Porque somos más realistas. Porque vemos que la crisis apenas empieza y sabemos que será más grave cada día. Y, sobre todo, y por encima de todo, porque si bien nuestros padres tenían, hasta donde era posible, el control de los sucesos, los adultos de hoy no tenemos el control sobre nuestra juventud.

Hoy la humanidad está dividida en dos frentes cronológicos. Es bastante imprecisa la línea que los separa, pero tal cosa no los hace menos irreconciliables. Tanto, que hoy los de treinta años nos sentimos más, pero mucho más cercanos a los de sesenta que a los de veinte (lo cual, dicho de otra manera, significa que los de veinte años nos ven tan lejanos a los de treinta como si tuviéramos sesenta). No sabemos a dónde quieren ir los jóvenes, y tal cosa nos preocupa; ellos tampoco lo saben, pero su ignorancia les tiene sin cuidado. De una sola verdad están ciertos: **no quieren el camino que nosotros hemos hecho.**

No son todos, ciertamente, aunque sí sean los más notorios. Quizás por cada miembro del "poder joven" haya cuatro muchachos de la misma edad dedicados al esfuerzo cotidiano del aula. Hoy por hoy, todavía podemos contar con el ochenta por ciento. Pero el contagio cunde. Sobre todo, cuando ciertas actitudes se disfrazan de dignas. Cuando al fumar drogas, usar pelo largo y caminar onduladamente lo llama alguien "éxtasis artístico". Cuando, en canciones y poemas, alguien pregona a los cuatro vientos que hay que liberar la mente de prejuicios; que "hay que amar con libertad" porque "el amor es natural", y que las píldoras anticonceptivas son el ejemplo de liberación de la mujer. Cuando a la pereza estudiantil alguien la llama "deseo de renovación", y al vivir sin trabajar alguien lo apoda "yoga" o "marxismo".

Vertiginosas novedades

El progreso mismo también quizás tiene parte de la culpa, aunque no la tenga toda. Los sociólogos contemporáneos nos advierten hoy acerca de las dificultades que entrañan lo que ellos llaman "el choque del futuro". Nos hablan del vértigo que envuelve todos los aspectos de la vida moderna, de la multitud de oportunidades contradictorias que se presentan casi en toda situación, de la forzosa provisionalidad de todo lo que logramos o hacemos. Todas, características que llegaron a su clímax en los últimos decenios. Una pareja pro-

medio, en sus primeros cinco años de su vida matrimonial, cambia de domicilio tres veces; los abuelos de los contrayentes viven con seguridad en la misma casa que construyeron antes de casarse. Cualquier ciencia implicaba, hace treinta años, el manejo de dos o tres "tratados" fundamentales; hoy, el investigador necesita, para estar al día, leer o por lo menos ojear centenares de monografías y revistas mensuales especializadas. Hasta hace poco, la "compra semanal" del ama de casa comportaba la adquisición de una lista fija de artículos imprescindibles; hoy cualquiera de ellas se pierde ante estanterías interminables de productos que son similares o equivalentes, pero tienen marcas distintas. El que en los últimos años haya estado varias veces bajo tratamiento médico de una misma enfermedad podrá decir cuántos patentados farmacéuticos aparecen y son recetados como "la última novedad", todos los días. Quién sabe si esa misma provisionalidad haya inducido a tantos jóvenes a cambiar el diálogo, necesariamente lento, por el más expedito recurso del insulto; el matrimonio, con su lenta secuela de hijos que crecen y que hay que educar, por el amor libre de una sola noche; la religión, largo camino hacia la salvación del alma, por la veloz explicación que puede dar el psicoanálisis; el deporte, con sus entrenamientos y su constante exigencia de sacrificio, por la efímera pero inmediata satisfacción que proporciona la "hierba".

No les satisface la vida de los que nos negamos a "correrla" con ellos y, por justa consecuencia, tampoco quieren aceptar la manera de pensar que nos empeñamos en imponerles. Y así, de nuestros extremismos más puritanos, ellos llegan de un solo salto a las posiciones más desafortadamente opuestas.

Degeneración progresiva

En todos los ámbitos de la vida, los hombres se sustituyen unos a otros paulatinamente. No hay nunca un instante que se pueda determinar sirvió de límite entre la generación saliente y la que entra. Cuando tenemos veinte años con-

“Poder Joven”

PADRE DE FAMILIA

José Miguel Cordero M.

sideramos a los de cuarenta como la “generación de ayer”. Cuando llegamos a los cuarenta pensamos que los jóvenes de veinte forman “la generación de mañana”. Y ello es lógico. Porque, juntos, los hombres de veinte y de cuarenta años —y los de quince y los de cincuenta— formamos un conglomerado único, no diversificado en estratos, en donde los dirigentes siempre tienen la misma edad promedio y no son propiamente sustituidos por “la juventud”, sino eliminados, cuando superan la edad límite superior, en beneficio a los que en ese instante alcanzan la edad del límite inferior. En estos últimos tampoco llegan a las posiciones de dirección de un solo golpe. Su arribo es el último paso de un largo viaje que se inició en la primera infancia, tan lento y pausado que ni siquiera ellos mismos pudieron percibirlo.

La enseñanza que se recibe viene, casi siempre, del ejemplo corregido y aumentado dado por las personas que luego han de sustituirse. Así, si inadvertidamente hemos dejado que los jóvenes de hoy hayan aprendido a ser lo que son, es factible que la realidad de los mismos resulte empeorada por la generación venidera.

¿Qué ocurrirá entonces? ¿Terminará allí nuestra civilización y se desintegrará toda la realidad cultural que representa, de la misma cabal y definitiva manera que les aconteció en su día a los romanos o a los griegos? ¿Morirán de una sola vez todos los valores, incluso los religiosos, y será sustituida nuestra manera de vivir por un caos incoherente, que sustituirá hasta que de alguna manera el “hombre”, como tal, pueda resurgir de sus propias cenizas? ¿Y quiénes serán los culpables? ¿Ellos, los del “poder joven”? ¿O más bien nosotros, los que les dimos todas las armas para acabar con el mundo y no les enseñamos a evitar su uso?

Paliativos inútiles

Desespera y angustia la impotencia que sentimos ante lo que pueda acontecerse. Más aún cuando todo lo que intentamos para recuperar a esta juven-

tud fracase estruendosamente. Se ha tratado de aceptar su forma de ser, y sólo se ha logrado excitar y acelerar sus reacciones: En la iglesia de cierta parroquia del Este se quiso que los jóvenes vinieran a misa dominical haciéndola simpática, y a tal efecto se comenzó a animar los oficios con guitarras eléctricas. Sólo se logró que las jovencitas, que ya venían a misa, decidieran hacerlo en adelante con “pantalones caelientes”. Se ha tratado de fraternizar con ello y sólo se ha logrado el bochorno. Una emisora de radio promovió un “festival” en un conocido parque, y los asistentes se quitaron la ropa y trataron de asaltar a las muchachas. Pareciera que nuestro gran pecado fue permitirles llegar adonde está ahora, y que una vez cometido es imposible el yerro...

¡Acción ya!

Pero, de verdad, ¿es que ya resulta demasiado tarde? ¿Es que lo único que nos queda por hacer es cerrar las puertas de nuestras casas y rezar por que no se contaminen los más pequeños? ¿Es que no hay, por lo menos, posibilidad de ganar tiempo?

Hay un recurso: confiar en el porcentaje hasta ahora salvado. Más oportunidades para estos jóvenes, a fin de que lo más pronto posible puedan quedar listos para “recibir la bandera”. Prepararlos para el choque que indiscutiblemente tendrán con gente de su propia generación, en la seguridad de que la propia importancia de la misión que les ha de competir los impulsará a la victoria. Y exigirles, a la vez, conciencia de ello.

Así, sin más cerrar los ojos, sin más excusas de que “jóvenes son jóvenes”, de que “esto pasará como todas las modas” o de que “qué puedo hacer yo”; sin más acusaciones de que “eso es sólo falta del padre” o de que “la culpa la tiene la televisión”; sin más estériles “hasta cuándo, Dios mío” o “qué espera el gobierno para hacer algo” (o la Iglesia, o los políticos, o la policía, o el ejército); empecemos ya a actuar más y a quejarnos menos. De ahora en adelante, el esfuerzo es de todos. De ahora

en adelante no vale criticar los errores de la obra ajena mientras no se le haya superado con la obra propia.

Mientras tanto, preparar a los de más atrás, a los que hoy tienen diez o menos años, a los hijos de los padres jóvenes. Para que en ellos no se repitan los errores que condujeron a la situación actual. Volvamos a ejercer nuestra profesión de padres y educadores conscientes. Volvamos a asumir las responsabilidades que no debemos delegar nunca. Para su formación, menos psicólogos infantiles y más conversaciones de sobremesa. Para sus vacaciones, domingos y ratos libres, menos dinero y más compañía. Para sus inquietudes, cuando llegue el momento, menos motocicletas y carros deportivos y más museos, teatros y libros. Desintoxicarlos un poco del super-consumo y del “todo resulta fácil” y acostumbrarlos más a pensar en los demás, a ser útiles, a ser responsables. Y siempre, y por sobre todo, compañía espiritual y física. De una vez por todas, el que crea que cumple correctamente con sus deberes de padre al suministrar a los hijos un techo, comida, dinero y buenos colegios, que se dedique más bien a la cría de canarios.

En el trato cotidiano, buscar ser, en primer lugar, sus padres. Eso de “ser amigo del hijo” estará de moda, pero no es lo correcto. Amigos encontrará en muchas partes, padres sólo podremos serlo nosotros.

Sobre todo, no desmayar. Ni seguir en ese comodón “empieza tú primero”. El mundo es grande, es cierto. Pero es uno sólo y no es ajeno, sino nuestro. En todas partes hay quienes piensan lo que nosotros pensamos y quienes, confiando en nosotros, por la mera coincidencia de miras, están dispuestos a ser por su cuenta lo que nosotros debemos hacer por la nuestra.

★ ★